

LO HIZO DE GRACIA

Chispo del todo nunca solía estar Lorencín; pero á medios pelos estaba casi siempre.

Advirtiendo que si no llegaba á estar enteramente borracho, no era porque no bebiera todos los días lo suficiente para ponerse hecho una uva, sino porque, según decían sus amigos y compañeros de borrascas, hacía mucho vino.

Es decir, que podía beber mucho sin que apenas se le conociera, y muchísimo sin embriagarse del todo, pues con la cantidad del desequilibrante zumo con que otro cualquiera caía, ó por lo menos daba veinticinco traspies por minuto, él se quedaba como si tal cosa.

Su oficio de herrero... porque han de saber ustedes que Lorencín, ó el *Gato*, como llamaban también á Lorenzo García, era el herrero de Vegamián, para servir á ustedes, y á todo el que llegara á su fragua,

que la tenía al otro lado del río, junto al camino real, entre la ermita de San Antonio y el mesón de Servando...

Su oficio de herrero decía él que pedía mucho vino, porque entre el calor del fogón y el ejercicio de machacar ¡daban una sed!...

Y sed de vino precisamente; pues el agua había él observado que, así como tiene la propiedad de endurecer el hierro, tiene también, por el contrario, la propiedad de ablandar al hombre.

—No es broma—añadía Lorencín, si alguno se reía de su observación,—no creáis que es broma: el agua endurece el hierro y el acero; por eso meto yo todos los días á chapuzar ahí en el río, después de bien caldeadas, las rejas y las herramientas de corte para que cojan temple, y en efecto, salen mucho más duras que antes de calentarlas. Pero esa misma agua del Porma que así endurece los hierros calientes, á los hombres acalorados por el trabajo los hace ablandar de un modo increíble. Lo sé por experiencia: el día que por casualidad bebo yo agua en lugar de vino al comer de mediodía, me ablando como una badana, y á media tarde ya parece que no puedo con el martillo.

Con estas teorías y con la tentadora vecindad de la taberna de Servando, que estaba á quince pasos de la fragua, frente por

frente, no hay que decir si Lorencín empujaría el codo á menudo.

Que iba un vecino á hacer una reja nueva... Pues en concluyéndola había que bautizarla.

Que iba otro á calzar otra ya muy gastada y muy roma... Pues para que asegurara bien la calzadura, después de trabajarla á macho y martillo, era menester, no sólo templarla en el río, sino humedecerla un poco en la taberna.

Que iba otro á rebocar un hacha... Pues para dar suavidad al corte era bueno rociarle con leche de cepas, porque si no, quedaba muy vidrioso y podía saltar al primer hachazo...

Que iba otro á echar el cabestrillo á una guadaña nueva... Pues si no se la cabruñaba con vino no andaría bien nunca.

Que llegaba un arriero asturiano á herrar el rocín... Pues terminada la operación había que mojar las herraduras.

Que pasaba arriba ó abajo un conocido y se paraba á saludar á Lorenzo y trababan conversación... Pues había que mojar las palabras...

Seguramente no había leído Lorencín aquellos versos de otro aficionado al vino, que dicen:

Si bene commemini, sunt quinque causæ bibendi:

Hospitis adventus, sitis presens, atque futura,
Et vini bonitas, et quælibet alia causa (1).

Pero aunque no conociera estos versos, practicaba escrupulosamente la doctrina en ellos contenida, porque en cualquier cosa encontraba ocasión ó motivo para ir á la taberna.

Como estaba allí tan á mano...

Esta vecindad de la taberna tenía un valor tan grande á los ojos de Lorencín, que no cambiaba él la fragua de Vegamián por ninguna otra, aunque se la dieran de balde y con dinero encima.

Ya se le habían hecho proposiciones de traslado á otros pueblos mejorándole la contrata; pero Lorencín las había rechazado todas como tentaciones del enemigo, porque no creía posible encontrar otra fragua mejor situada; pues las que él había visto, verdad era que todas tenían cerca el agua para hacer los temples con comodidad; pero ninguna tenía tan cerca el vino.

Yendo yo una vez para León, cuando era estudiante, iba oyendo choclear una herra-

(1) Si bien lo recuerdo, son cinco las causas que hay para beber: la llegada de un huésped, la sed presente, la sed futura, la bondad del vino y cualquier otra causa.

dura del caballo, y me acerqué á la fragua de Lorencín para que se la clavase. Y como durante la operación sacara él su conversación favorita de lo cerca que estaba la taberna de Servando, le recité la famosa rondilla de Baltasar de Alcázar:

«Por cierto que es rica mina
La taberna de Alcocer.
¡Grande consuelo es tener
La taberna por vecina!»

—Eso he dicho yo siempre, señorito— exclamó Lorencín entusiasmado, dejando caer el pujavante;—esa ha sido siempre la mía, por más que no había oído nunca ese cantar tan gracioso, que no quiero que se me olvide...

Y diciendo esto, entró corriendo en la fragua, se dirigió al extremo de la derecha, donde había una tabla que á modo de andana de alacena pendía horizontalmente de dos charranchas clavadas á un tirante; trajo de allí un libro con forro de pellejo sin curtir y un tintero de cuerno; y desatornillando éste y sacando de la puntiaguda tapa una pluma de pavo, hincó una rodilla en el suelo y dió manos á escribir sobre la otra.

—¿Qué va usted á hacer?—le pregunté yo, algo contrariado por el retardo que iba á sufrir la operación de clavar la herradura.

—A sentar aquí la cuarteta—me contes-

tó,—si usted me hace la gracia de repetirla.

—¿Quiere usted que se la escriba yo?—le dije.

—Si usted se quiere tomar esa molestia, es mejor—repuso,—y yo seguiré herrando.

—Sí, mejor es,—le dije cogiéndole los chismes de escribir.

Y mientras él clavaba la herradura, le copié la redondilla de Alcázar en el libro de cuentas á lo bajero de una llana que empezaba con estos apuntes:

«Débeme Juan el Cuco tres ochavos, de tres alañas que le puse á una madreña.»

«Item Quica la Remellona, dos cuartos de un arquillo.»

«Pagóme Agapito el Cojo la mitad de la azuela que le hice el año pasado.»

«Me debe Agustinín dos reales de calzar una azadilla, poniendo yo el hierro...»

Lorencín aprendió luego la redondilla de memoria y se pasaba el día canturreándola al compás del martillo, ó con acompañamiento del triquitraque del fuelle.

Mas para eso la reformó primero acomodándola á las circunstancias.

Porque Servando el mesonero de Vegamián, no se llamaba de apellido Alcocer, sino Muñiz, y, por consiguiente, no era propio llamar *taberna de Alcocer* á su establecimiento; pero era asturiano del concejo

de Aller, y esto dió pie al herrero para refundir la redondilla en esta forma:

Por cierto que es rica mina
La taberna del de Aller.
¡Grande consuelo es tener
La taberna por vecina!

Los lunes por la mañana solía tener Lorencín más trabajo que de ordinario, porque pasaban los arrieros asturianos para el mercado de Boñar y casi siempre le mandaban echar herraduras.

Una mañana llegaba á la puerta de la fragua Juanón el de Caleao con un rocín cargado de cerezas, y le decía:

—¡Gatu! ¡*Pués* (1) ferrar?

—Pregunta si quiero, *Xuanón*—contestaba Lorencín;—porque si puedo y no quiero, ¿qué adelantas, burro?

—Querer, *selu* (2) yo que quieres siempre servir á los amigos—decía el asturiano.—¡Estaría *gienu* que non quisieres! *Pes* (3) si non fierras á *Xuanón*, ¿á quién vas á ferrar, hom?

—Al rocín, majadero, al rocín,—contestaba el Gato, que siempre estaba de buen humor y con gana de broma.

(1) Puedes.

(2) Lo sé.

(3) Pues.

Mientras Lorencín conservó con la afición al vino la afición al trabajo, las cosas no iban del todo mal, porque, como herrero, era Lorencín un gran herrero, de mucha disposición y de mucho aguante, y ganaba para todo: para pagar puntualmente los cuartillos y las *medias* á Servando, y para que su mujer y sus hijos (porque Lorencín estaba casado como Dios manda) no carecieran de cosa alguna.

Pero andando el tiempo, quiso el diablo, Dios nos libre de él, que con la afición al vino se le complicara á Lorencín la afición al juego; y entonces, en lugar de ir de vez en cuando á la taberna, espetarse su cuartillo y volverse á machacar, dió en pasarse en ella, jugando á la brisca, la mayor parte del tiempo que debía pasar trabajando en la fragua.

Por aquello de que Dios los cría y ellos se juntan, hizose muy amigo de un rabadán de merinas de la Condesa de Frañana, llamado Santiagón, borrasquero perpetuo y taberneador impenitente, que apenas asomaba á la majada en todo el verano.

En sentándose Lorencín y Santiagón á jugar á la brisca mano á mano y á beber jarras, ya no se sabía cuándo se habían de levantar... Primero jugaban un cuartillo, después media, después una azumbre, des-

pués las cabras... en fin, que aquello era la vida perdurable.

Había semana de la que pasaban los seis días sin que la fragua se abriera tres veces.

Y, es claro: como dice un refrán, molino parado no gana maquila; y según dice otro, donde se quita y no se pon, presto se llega al hondón; y como Lorencín estaba todo el día parado, no ganaba jornal; y como no ganaba y gastaba, llegó pronto al hondón de sus ahorros, y aun más abajo, á las deudas...

Cuando mandaba á Servando sacar vino, solía el mesonero hacerle esta advertencia:

—Débesme lo de ayer, Lorencico.

—Apunta,—contestaba el herrero.

Al día siguiente, cuando volvía éste á pedir vino, volvía á advertirle Servando:

—Débesme lo de ayer y lo de antes de ayer...

—Apunta,—volvía á contestar Lorenzo inalterable.

Y con el apunta... y apunta, Lorencín mandando apuntar y el mesonero obedeciendo, llegó á haber en el libro de caja del mesón, á cargo y bajo el nombre del herrero, una letanía de cuartillos y medias azumbres, más larga que la de Nuestra Señora.

No se le hacía ya todo bueno á Servando, y una tarde en que Lorencín, que jugaba á la brisca con un aceitero, pidió por su cuen-

ta una azumbre, le llamó aparte por no meterle en vergüenza, y le dijo:

—Mira, Lorenzo: por ésta pase, porque está armada, y no quiero que quedés mal; pero desde mañana, si no vas pagándome algo de lo atrasado, no te vuelvo á dar gota. Ya lo sabes.

—¿Tienes miedo á perderlo, sarnosuco? —le contestó Lorencín con mucho pescuezo, y haciéndose el enfadado por la advertencia.—Pues has de saberte que sólo en herramientas del oficio, sin contar otras cosas y sin contar lo que me deben á mí, tengo yo para responder de mucho más que del valor del vino, de la taberna y del tabernero, fuera el alma.

Servando se achicó un poco ante la arrogancia del herrero, le dió lo que pedía, y no volvió á inquietarle lo menos en un par de semanas.

Pero luego, ya porque temiera para sí un mal resultado, ya porque le diera lástima de la mujer de Lorencín, la cual por bajo de cuerda le suplicaba todos los días que no diera vino fiado á su marido, lo cierto es que el mesonero volvió á cuadrarse.

—No te doy ni otro cuartillo fiado, Lorenzo, mientras no me pagues lo de atrás, aunque me lo pidas de rodillas,—le dijo un día muy formalmente.

Lorencín quiso otra vez hacerse el enfa-

dado ante la nueva intimación; pero esta treta ya no surtió efecto, porque Servando se mantuvo firme.

El herrero entonces se volvió á buenas con el tabernero, y le dijo:

—Escucha, Servando: yo conozco que por un lado tienes razón, porque te voy ya debiendo demasiado y de muy atrás, y, como suelen decir, cuentas largas, barajas nuevas... Pero si ahora no te pago porque no tengo dinero, bien sabes que tengo habilidad para ganarlo... y por otro aquél, voluntad de pagar tampoco me falta, y no de todos los deudores podrás decir lo mismo... ¿no es esto?... Y... quiere decirse que, si Dios me da salud, en cuanto pase el verano y se marchen las merinas y dejen de venir por aquí Santiagón y otros que me suelen entretener, me pondré á trabajar con codicia, empezará á llover en mi casa dinero como agua, y te lo pagaré todo cuarto sobre cuarto... ¿qué más quieres?...

—La verdad es—le contestó Servando, que era un bobalías y se dejó ablandar por la arenga,—la verdad es que no dejas de ponerte en razón, Lorenzo, y yo tampoco me aparto de lo justo ni quiero ser tirano... y casi no se le puede pedir más á un hombre...

—Pues más quiero yo hacer, aunque no me lo pidas—le interrumpió Lorenzo:—quiero que ajustemos la cuenta, porque,